SUPER HÉROES

de ROBERTO SANTIAGO

LOS ONCE

EL DELANTERO QUE VOLABA AL ATARDECER



EDICIÓN LIMITADA 5'95 €

DESTINO

Ilustrado por Nacho Velmar



ROBERTO SANTIAGO

Ilustrado por Nacho Velmar

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2025
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.
© del texto: Roberto Santiago + Eduardo de los Santos, 2025
Representado por la Agencia Literaria Dos Passos
© de las ilustraciones: Ignacio Velasco Marugán, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2021
Primera edición en este formato: julio de 2025
ISBN: 978-84-08-30593-4
Depósito legal: B. 11.498-2025
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 0447.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



El balón baja directo hacia mí.

Salto.

Pero...

¡Nada!

¡No llego a controlarlo!

Se oye un murmullo de decepción en las gradas.

El defensa rival lo despeja con todas sus fuerzas.

Resoplo desesperado.

Casi no queda tiempo.

En estos momentos, estoy jugando el partido más importante de mi equipo: el Estrella Polar F. C.

Contra nuestro máximo rival: Los Hurones de Versalles.

Quedan unos pocos segundos.

Y estamos empatados.

Mi compañera Ximena recibe el balón.

Me señala.

Exclama:

—¡Rana!

Rana soy yo.

—¡Tuya, Rana! —repite.

Y me lanza un pase en profundidad.

Ximena tiene unos ojos muy verdes y unas pestañas larguísimas que parecen llegar hasta el cielo.

Lleva el número 10 en la camiseta.

Yo llevo el 11.

Corro a toda velocidad.

Ahora sí tengo que alcanzar el balón.

Es nuestra última oportunidad.

Si consigo meter gol, ganaremos el partido.

Seremos campeones de la LESECU: Liga Escolar de la Serranía de Cuenca.



Y, por supuesto, me convertiré en el héroe del Estrella Polar.

Si fallo..., todo será un desastre.

Mis compañeros me culparán a mí.

Dirán: «¿Para qué te dejamos jugar con nosotros?».

Me echarán del equipo.

Y seguiré siendo el eterno novato que nunca se adapta ni tiene amigos.

Sé que puede parecer una exageración, pero es la pura verdad.

Todo depende de lo que ocurra en los próximos segundos.

De reojo, observo en la grada a mi padre y mis hermanos, más nerviosos que yo.

Mi madre está en la banda, muy atenta.

Ha venido el pueblo entero a vernos, nadie se quiere perder el partido definitivo.

Me fijo en un grupo de palomas posadas sobre los alambres que rodean el campo.

Incluso ellas parecen interesadas en el partido.

—¡Vamos, Rana! —exclama Ximena.

Corro, corro, y al fin...

Llego hasta el balón.

Lo controlo con el interior del pie.

No hay tiempo que perder.

Tengo delante de mí al defensa central de Los Hurones.

Y, justo detrás, la lateral me pisa los talones.

Empieza una cuenta atrás angustiosa:

10 segundos para el final del partido.

Al fondo, el Manco, el portero rival, se ajusta la gorra.

Lo llaman así porque tuvo un accidente en una visita a la central nuclear que hay a las afueras del pueblo.

Perdió la mano.

Y le pusieron una de titanio.

Como a los androides.

9 segundos.

La lateral es muy rápida y viene embalada, la tengo casi encima.

El central también avanza hacia mi posición.

Aguanto el balón.

Y, en el último instante, me aparto con un movimiento rapidísimo.

La lateral pasa a toda velocidad a mi lado... ¡y se lleva por delante a su propio compañero!

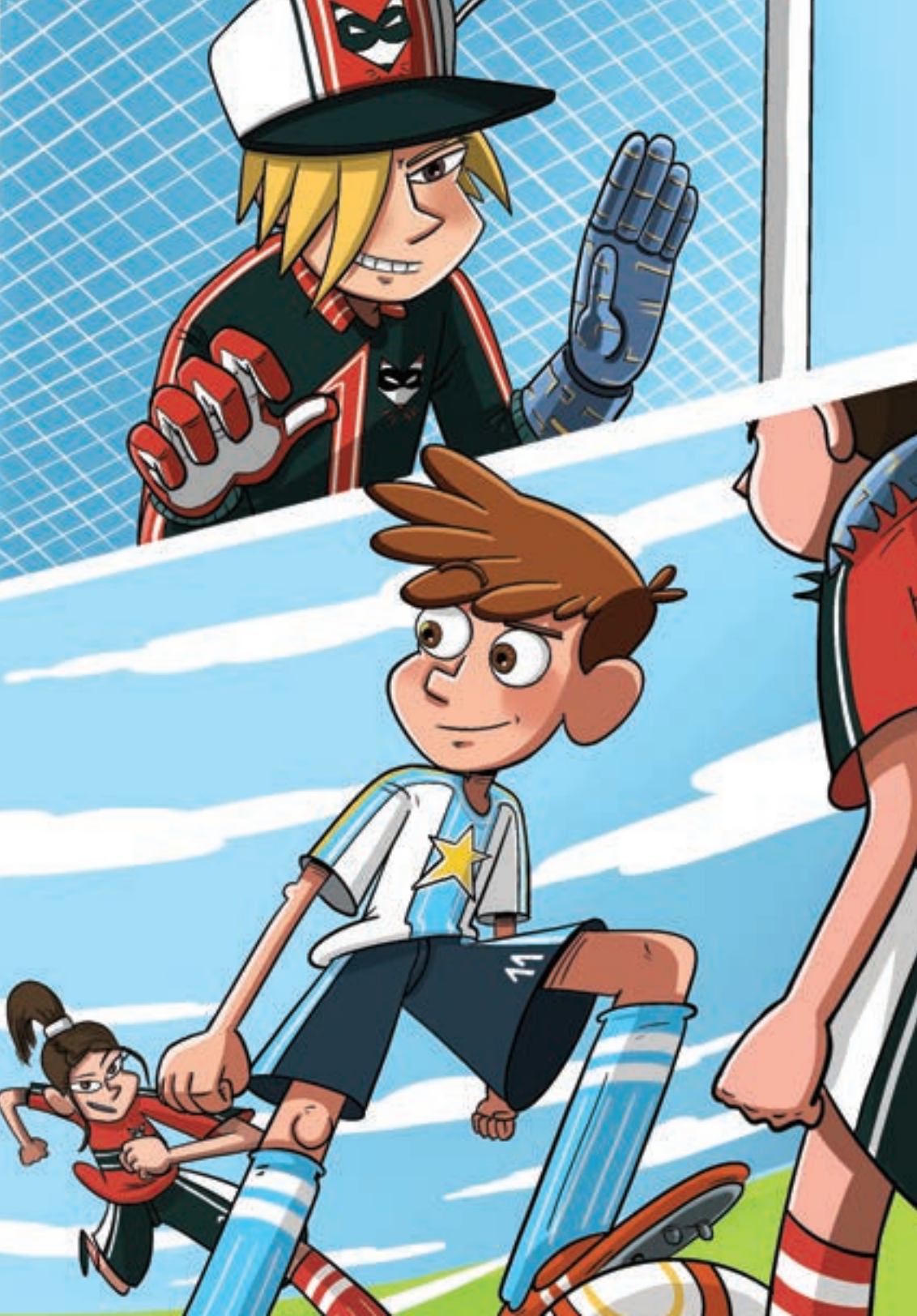
8 segundos.

Los dos defensas han quedado en el césped hechos un ovillo.

Entro por el pico del área.

Se pueden oír los gritos en la grada:

—¡Rana! ¡Rana! ¡Rana!



Y en el otro extremo:

—¡Manco! ¡Manco! ¡Manco!

7 segundos.

Ahí estoy:

Solo delante del portero.

Es una oportunidad clarísima.

—¡Tú puedes, Rana! —exclama mi entrenadora desde el banquillo.

Sé que ella confía en mí, espero no defraudarla.

6 segundos.

El Manco se queda clavado en la portería.

Aguanta sin moverse, con los brazos extendidos, esperando a ver qué hago.

Puedo intentar regatearlo.

O chutar desde ahí mismo.



Pero, sea lo que sea, ¡tengo que hacerlo ya!

Oigo más gritos de la entrenadora, de mi padre, de mi hermano... No sé qué debo hacer, ¡es demasiado complicado!

5 segundos.

De nuevo, tengo a los defensas de Los Hurones pisándome los talones.

Uno me golpea por detrás en un tobillo.

La otra intenta agarrarme de la camiseta.

Me empujan con las manos, me dan patadas, me golpean la espalda...

Pero aguanto.

4 segundos.

Si me concentro mucho, puedo oír el latido acelerado de mi corazón.

Tic-tac, tic-tac.

Tengo que disparar.

Tengo que conseguirlo.

¡Ya!

3 segundos.

Una gota de sudor me cae por la frente.

Choca contra la superficie de cuero del balón y estalla en miles de microgotas diminutas.

Todo a mi alrededor parece ir a cámara lenta.

El dolor en mi espalda va en aumento.

Tengo el corazón a punto de explotar.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

2 segundos.

El sol se refleja en la mano de titanio del Manco.

No voy a conseguirlo: ¡es el mejor portero de la liga!

Vuelven a golpearme por detrás.

En el tobillo.

En la rodilla.

Una y otra vez.

En ese instante, una paloma atraviesa el campo, volando casi a ras del suelo.

Pasa muy cerca de mí, me roza.

Pego un salto...

1 segundo.

Cierro los ojos.

Respiro hondo.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Despego los pies del suelo...

¡Y echo a volar!